



5.

**El invierno estudiantil chileno:
*¿un Happy Ending?***



El invierno estudiantil chileno: *¿un Happy Ending?**

Por *María Alejandra Guerrero Martos*

*El que levanta la utopía tiene la fuerza del futuro
(mejor que el presente) y el que se opone tiene la fuerza
del presente (la amenaza del futuro)
(Vera, 2012, p.22)*

En el año 2011, el movimiento estudiantil marcó un hito en la historia sociopolítica de Chile: como resultado de las dinámicas de una sociedad civil emergente, estudiantes secundarios y universitarios respaldados por docentes, organizaciones sociales y sindicales dieron lugar a la movilización estudiantil más grande y extensa de la historia del país. Esto se dio como consecuencia del proceso que ha vivido la educación chilena, que, en palabras de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, “está influenciada por una ideología que da una importancia indebida a los mecanismos de mercado para mejorar la enseñanza y el aprendizaje” y parece estar “conscientemente estructurada por clases sociales” (OCDE, 2004, p.290).

Las bases del sistema educativo chileno fueron sentadas durante el régimen militar de Augusto Pinochet bajo el programa de las Siete Modernizaciones, que incluía, entre otras sensibles materias sociales, la privatización total o parcial del sistema de educación. De este modo, en 1981 se proclamó la Ley General de Universidades, la cual consagra la atomización del sistema nacional de universidades y el autofinanciamiento de dichas entidades. Esta reforma al sistema universitario elimi-

* Artículo recibido en marzo de 2015
Artículo aprobado en mayo de 2015

nó la educación terciaria gratuita. Años más tarde, la enseñanza media fue descentralizada y pasó a manos de los municipios. En consecuencia, aplicando la premisa económica del modelo neoliberal impuesto, el rol del Estado comenzó a ser subsidiario, con un aporte de tan solo el 2,4% del PIB en 1990 (Urra, 2012, p.24).

El proceso de privatización de la educación culmina el 10 de marzo de 1990 con la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza – LOCE –, publicada el último día de la dictadura, que redujo el rol del Estado en la educación y delegó la enseñanza al sector privado. De esta manera, la LOCE permitió el financiamiento público a instituciones educativas privadas con fines de lucro, sin mayores requisitos respecto a su creación y la calidad de su funcionamiento. Así, se empieza a evidenciar cómo el área de la educación fue una de las más afectadas por la dictadura: privatización de establecimientos, municipalización de la educación secundaria, autofinanciamiento de la educación superior, persecuciones, exilio, control ideológico en las aulas y exoneraciones (Rubilar, 2011, p.582).

Ahora bien, pese a los problemas existentes en aquel modelo de educación, desde los inicios de la transición democrática, la Concertación – coalición de partidos de centro izquierda y centro derecha que llega al poder – demostró timidez para desmontar la estructura institucional y la Constitución heredada del régimen militar. En este sentido, el paso a un sistema democrático no significó una ruptura con el modelo socioeconómico implementado por Pinochet. Por el contrario, los gobiernos democráticos posteriores carecieron de voluntad política para cambiar la Constitución impuesta en plena dictadura.

El sistema educativo comenzó a generar graves problemas de calidad educacional, inequidad y un inédito fenómeno de segmentación socio-cultural. La educación superior en Chile, por ejemplo, se convirtió en una de las más costosas, con una participación del Estado de cerca del

15%. Por su parte, los aranceles fueron de los más altos y recayeron en las familias que recurrieron a créditos (Arrué, 2012, p.5). Este sistema universitario tiene origen en la dictadura militar que gobernó el país por 17 años y que generó la mayoría de los conflictos en términos educativos.

A falta de resolución de los problemas del modelo educativo, y después de más de 20 años sin cambios sustanciales, durante el año 2006 surgió el Movimiento Pingüino, conformado por estudiantes secundarios como protesta contra los problemas que enfrentaba la educación en Chile por las secuelas del régimen militar. A través de paros, tomas y marchas, hicieron reconocer la necesidad de un cambio y la toma de conciencia sobre la situación de la educación chilena. Sin embargo, la respuesta del gobierno de Michelle Bachelet fue la promulgación de la Ley General de Educación – LEG – en 2009, que mantiene en esencia los preceptos dictaminados en la anterior LOCE.

En efecto, esta ley eludió los principales temas cuestionados por el movimiento, es decir, la municipalización y privatización de la educación pública, lo cual dio como resultado “un modelo educativo desigual que no ha podido legitimarse” (Schmal y Royo, 2012, p.3). Por esta razón, las nuevas generaciones siguieron cuestionando las bases del modelo educacional impuesto; una realidad que explica las movilizaciones que se inauguraron en 2011, a tres décadas del inicio de la privatización de la educación chilena bajo el marco de una ideología neoliberal.

La capacidad de movilización y de acción colectiva se construye en torno a la independencia consolidada en relación con el mercado (Esping-Andersen, 1988). Así, el movimiento estudiantil en mención se presenta como una de las movilizaciones más impactantes en la historia de Chile. No obstante, surge el siguiente interrogante: ¿logró el movimiento estudiantil chileno de 2011 marcar un punto de inflexión en la reforma del sistema educativo?

Este movimiento, que surge en respuesta a las reformas que quedaron pendientes de la Revolución Pingüina, ha sido considerado como uno de los más fuertes desde el retorno a la democracia, dando lugar a exigencias que se extienden a ideales más radicales, profundos e incluyentes. En este sentido, el movimiento estudiantil de 2011 generó grandes expectativas por sus acciones, carácter masivo, discursos nuevos, reivindicaciones más allá de la esfera educacional y la participación de diferentes actores. Si bien su efectividad no se vio reflejada en la materialización total de sus pretensiones, las reformas actuales al sistema educativo chileno, por ejemplo la Ley Corta de Gratuidad en la educación superior decretada en 2015, recogen en parte demandas previamente realizadas. Ahora bien, con persistente esfuerzo y compromiso, más adelante se podría obtener la totalidad de las reformas anheladas.

Es pertinente analizar la emergencia del movimiento, su desarrollo y resultados, a partir de su interacción en el ámbito político y social. Así, este caso puede abordarse desde la definición de Tilly de movimiento social entendido como los actores que se movilizan de manera unificada para responder a las acciones de los detentores del poder (Tilly, 1999, p.257). A su vez, puede analizarse dentro del marco de las concepciones de los “nuevos movimientos sociales” y bajo la condición de reflexionar el carácter estructural del papel del Estado en la organización social, que de acuerdo a Muro (como se citó en Aranda, 2000, p.230) se caracteriza por estar basada en un liderazgo múltiple y una actitud eminentemente antiestatal.

El paradigma de los “nuevos movimientos sociales” refuerza la idea de intereses sociales universales cuyo objetivo es la movilización de la sociedad civil, mas no la toma del poder político (Aranda, 2000, p.228). En este sentido, el movimiento estudiantil chileno se ha desarrollado dentro de un contexto de protestas en busca de trascendencia del ámbito educativo.

En busca de la reforma a la educación

¡La educación chilena no se vende, se defiende!

El 29 de abril de 2011 fue el día en que se realizó la primera movilización convocada por la Confederación de Estudiantes de Chile – CONFECH –, organismo que agrupa a las federaciones de estudiantes de las universidades que integran el Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas: una iniciativa con cerca de 10 mil participantes en contra de las insuficiencias y precariedades históricas del sistema educacional. Esto dio lugar al Petitorio Único Nacional (Urta, 2012, p.26) como plataforma de defensa y fortalecimiento de la educación pública, el cual consistía en 29 demandas nacionales, separadas en dos ítems: la democratización del Sistema de Educación Superior y el financiamiento a las instituciones públicas. En este documento resaltaban el acceso con equidad, la calidad, la integración y la heterogeneidad social en la matrícula. Esto último hace referencia a la eliminación de la Prueba de Selección Universitaria (PSU) y a los mecanismos estandarizados de evaluación.

A medida que la movilización fue creciendo, se sumaron los estudiantes de Educación Media – CONES –, la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios – ACES –, el Colegio de Profesores, Padres y Apoderados – AMPADE –, funcionarios del Ministerio de Educación – ANDIME –, las universidades del Consejo de Rectores – CRUCH –, el Consorcio de Universidades Estatales – CUECH – y, por primera vez, estudiantes de colegios particulares pagados, Centros de Formación Técnica – CFT –, Institutos Profesionales – IP – y universidades privadas; es decir, miembros de casi todo el sistema educacional chileno (Vera, 2012, p.19). De este modo, la pronta coordinación y disposición de lucha conjunta que demostraron los actores más determinantes de este campo fueron algunos de los factores más importantes que desarrolló el movimiento social por la educación del 2011 y que lo diferenciaría de todos los anteriores. Incluso, contó con el respaldo creciente de organizaciones internacionales, entre ellas la UNESCO y la ONU.

Cabe mencionar que, previo a la convocatoria de la CONFECH, tuvo lugar la toma de la Dirección Nacional de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas – JUNAEB –, organismo estatal que otorga becas y beneficios a los estudiantes chilenos. A esto se le añade la movilización inicial que se llevó a cabo en la Universidad Central de Chile. Estas acciones dieron lugar a la articulación de tres actores claves: estudiantes universitarios, estudiantes secundarios y el Colegio de Profesores, un elemento faltante en los anteriores procesos de movilización por la educación.

Los integrantes de este movimiento estudiantil han sido considerados como pertenecientes a sectores modernos de la sociedad y la economía: una masa de jóvenes en su mayoría miembros de las clases medias y grupos de activistas que continuamente desarrollan acciones diversas que, de cierta forma, mantienen la actividad del movimiento (Zermeño, 1978, p.246). A esto se le añade que su identidad está ligada a los problemas generacionales, por lo tanto, sus peticiones van direccionadas al problema del modelo educativo que no ha sido atendido o resuelto por el sistema político.

En este contexto, sus reclamaciones pueden sintetizarse en cinco puntos (Barozet, 2011, p.129): acceso a los mecanismos de educación superior; fin de la gestión de las escuelas primarias y secundarias por parte de los municipios; mejora en la calidad de la educación; revisión del sistema de financiación; y, por último, imposición de límites a los beneficios de los inversores privados. Desde esta perspectiva, se busca “un sistema de educación pública, democrática, pluralista, gratuita y de calidad”, consigna del movimiento estudiantil.

De esta manera, según estima Rodrigo Cornejo, investigador del Observatorio de Políticas Educativas de la Universidad de Chile, “esta movilización es la más grande y la más consistente desde los gobiernos civiles de post dictadura. Hay un trabajo regular y sistemático, y un sector cada vez más grande (...) está entendiendo que el modelo está en crisis” (BBC Mundo, 23 de junio de 2011). A esto se le suma la constitución de una

Mesa Social por la Educación, conformada por los actores anteriormente mencionados y organizaciones como la Central Unitaria de Trabajadores – CUT –, agrupaciones ambientalistas y grupos de derechos humanos, entre otras, lo cual refleja el poder de convocatoria del movimiento y su influencia en la consolidación de un compromiso social que va más allá del ámbito educativo, pues lleva a la toma de consciencia de las inequidades e injusticia social.

En lo que respecta a su organización, el movimiento estudiantil de 2011 refleja un alto nivel, dado que articula dos estructuras básicas de un movimiento estudiantil: por un lado, una asamblea, considerada la máxima autoridad, en la que se ven reflejados todos los participantes; y, por otro lado, instancias que representan a cada sector o centro educativo (Aranda, 2000, p.242). Adicionalmente, se destaca la existencia de una democracia directa, una división del trabajo y la participación asegurada de todos los miembros, lo que dio paso a que se convirtiera en un movimiento ciudadano amplio, mayoritario y con respaldo popular.

Toda esta situación reafirma el postulado frente a las comunidades universitarias, y en especial a los estudiantes, que los considera como uno de los pocos estamentos de la sociedad donde aún se conserva el potencial de protesta y resistencia (Habermas, 1980). Como queda demostrado en el caso del movimiento estudiantil del 2011, estamos frente a una nueva generación no conformista. Es así como los anuncios del presidente Sebastián Piñera, realizados en su discurso del 21 de mayo de 2011, a pesar de abordar algunos puntos de las demandas estudiantiles, no lograron convencer al movimiento, sino que, por el contrario, condujeron a que se hiciera un llamado a nuevas movilizaciones con carácter de “paro nacional”, convocado para el 1 de junio de ese mismo año.

A partir de entonces, los estudiantes empezaron a convocar a sucesivas marchas en las principales ciudades de Chile, alcanzando cada vez más asistencia y participación. Es necesario señalar que dichas marchas marcaron una diferencia respecto a las anteriores tanto por la movilización a

través de redes sociales como Facebook y Twitter como por la elaboración de performances, maratones y representaciones teatrales, entre otras: un modo de acción mediática que ayudó a generar un amplio respaldo de la ciudadanía.

En efecto, la encuesta mensual de Adimark GFK mostró que el 52% aprobaba el modo en que los estudiantes estaban llevando a cabo sus movilizaciones (Mayol y Azócar, 2011, p.172), lo cual supuso un cambio significativo en la visión frente a la expresión pública del desacuerdo y la reivindicación de derechos. Se comenzó, entonces, a percibir la crisis de la educación como parte de la crisis de un modelo general, el neoliberal, que trasciende el sistema educativo y genera desigualdad no solamente a través de la educación, sino también del sistema económico y el sistema político (Ouviña, 2012, p.14).

Ante esta situación, la respuesta de la autoridad fue, en principio, repudio a los hechos y represión policial. No obstante, luego de la caída del ministro de Educación, Joaquín Lavín, y el descenso en la popularidad del propio presidente Piñera, el Gobierno decidió presentar el 6 de julio su primera propuesta de Gran Acuerdo Nacional por la Educación – GANE – y el Fondo por la Educación – FE –, con lo cual se produjo la entrega de un nuevo fondo para la educación y se facilitó el acceso a créditos universitarios. Sin embargo, la iniciativa pretendía contener la movilización social y no resolvía los problemas estructurales, por lo que fue rechazada por el movimiento estudiantil.

Es así como, pese al inicio de acercamientos y diálogos entre ambas partes, estos fueron inútiles. En los términos de Max Weber, lo anterior evidencia una crisis de legitimidad producida por un grupo social emergente que modifica la identidad de la sociedad (Fleet, 2011, p.99). Por lo tanto, para el gobierno de Piñera el movimiento se convirtió en una amenaza política, ideológica y económica, y, como resultado, le apostó al desgaste y al endurecimiento de las posturas, seguido de una aparente flexibilidad con el llamado a un diálogo con base en propuestas vacías y

ambiguas. La prolongación del conflicto y los mecanismos de persuasión del Gobierno con el propósito de marcar diferencias de posturas al interior de la organización terminaron afectando a la dirigencia estudiantil en torno a debates como ceder o no en algunos puntos, aceptar o no las negociaciones, retomar las clases u ocupar los establecimientos.

En respuesta, se generaron pronunciamientos como el de Giorgio Jackson, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile – FEUC –, quien aseguraba que:

El propio movimiento estudiantil y en sus instancias de decisión hemos crecido en madurez, y pese a las diferencias y discrepancias que a veces se hacen notorias, hay diversidad en un proyecto común, donde prima el colectivo por sobre las posturas individuales o de grupo. Esa es una garantía para lo que hemos dicho, hecho y esperamos que para lo que viene (Vera, 2012, p.20)

El 3 de septiembre de 2012, Piñera convocó a los estudiantes a una reunión en La Moneda. Hubo dos puntos sin acuerdo: terminar con el lucro en el sistema escolar y universitario y congelar los proyectos que estaban en el Congreso. Este discurso fue contrario al que dio bajo el gobierno de Bachelet durante la revolución del Movimiento Pingüino:

Llegó el momento de enfrentar la verdad y no solo hacer discursos e inauguraciones, porque tal como está, el sistema educacional chileno se está convirtiendo en una máquina de desigualdades, por lo que llegó la hora de hacer cirugía mayor. (Schmal y Royo, 2012, p.3)

Este cambio en el discurso, de acuerdo con Goldstone (2003), quien establece una tipología de la relaciones entre el Estado y el movimiento social, evidencia que los mecanismos que las determinan son complejos y que, aplicados al caso del movimiento estudiantil chileno, suponen que las interacciones han sido de represión y de aceptación de algunas demandas, junto con el establecimiento de canales de interacción que algunas veces cuentan como mecanismos de presión. Respecto a

esto, es importante señalar que mientras el Gobierno pretende ajustar el modelo de educación, los estudiantes y demás actores buscan reemplazarlo.

¿Un resultado dispar?

Y va a caer, y va a caer, la educación de Pinochet

La masividad y las peticiones del movimiento finalmente incidieron en el comportamiento de los partidos y las coaliciones políticas, generando un cambio en la correlación de fuerzas. Al mismo tiempo, debido a la simpatía que estaban despertando, los medios de difusión empezaron a cubrir los eventos ligados a la protesta social. Según Álvaro Cuadra (2012), la construcción mediática recoge todos los rasgos formales y los convierte en referencias locales y globales: el impacto que alcanzó en la opinión pública el despliegue del movimiento se dio a través de los medios digitales, los diarios y, sobre todo, la televisión.

El diario *The New York Times*, por ejemplo, consideró que el movimiento estudiantil chileno es comparable con la ola de levantamientos populares que se iniciaron en Túnez y que se conoció como la “primavera árabe”, y destacó: “Si la primavera árabe ha perdido su lozanía al otro lado del mundo, la gente está viviendo lo que algunos han venido a llamar un invierno chileno” (*The New York Times*, 4 de agosto de 2011).

No obstante, las movilizaciones comenzaron a perder peso político y la convocatoria se redujo. Al interior del movimiento se agudizaron las diferencias entre los llamados “ultras” y los “moderados”; en consecuencia, durante los meses de octubre y noviembre se discutió la finalización de los paros y tomas, dada la amenaza de perder todas las becas por no terminar el semestre académico y para evitar el colapso de sus universidades. Por su parte, los secundarios prolongaron, en ciertos casos, hasta el mes de enero de 2012 la toma de sus centros educativos.

Esta situación fue producto de las presiones políticas y financieras, además del desgaste del movimiento luego de meses de asambleas, paros, tomas y marchas, sin resultados concretos ante la intransigencia del Gobierno. Sin embargo, se procedió a renovar las directivas de sus principales federaciones de acuerdo a normas y procedimientos democráticos, lo que significó la recomposición de fuerzas y la preparación para un nuevo ciclo de movilizaciones durante el año 2012 (Le Monde Diplomatique, 18 de enero de 2012).

De esta manera, este movimiento, que fue el de más impacto social, político y cultural, pese a no haber logrado las reivindicaciones del petitorio de los estudiantes, consiguió instalar en la opinión pública la necesidad de una reforma de la educación como prioridad nacional, dando a conocer las irregularidades e ineficiencias del sistema. De hecho, su aporte no se limitó al tema de la educación, sino que también significó un cuestionamiento al modelo liberal y las prácticas políticas instauradas durante la dictadura.

Uno de los logros del movimiento fue la disminución de la tasa de interés de los préstamos que avala el Estado y que permiten el acceso a la universidad a miles de jóvenes chilenos. Por otro lado, el resultado de la consulta ciudadana organizada a nivel nacional por la Mesa Social por la Educación Pública ha sido un fenómeno social notable, con más del 90% de apoyo para la condición estatal y gratuita de la educación, sin lucro y desmunicipalizada (Mesa Social para un Nuevo Chile).

Durante todo este proceso se comenzó a entender que, si bien los objetivos son ambiciosos, los beneficios son a futuro, tal como lo demuestran algunas declaraciones de estudiantes: “Estamos luchando por las otras generaciones”, “No sé si yo seré beneficiario de lo que estamos luchando ahora, pero a lo mejor mis hijos y mis nietos sí” (Arrué, 2013, p.15).

Efectivamente, el 8 de agosto de 2012 se inauguró la nueva oleada de protestas, iniciativa que reunió, según la CONFECH, a más de 150.000

personas únicamente en la capital. De esta manera, el movimiento mostró de nuevo su fortaleza y continuidad en la lucha por la reforma de la educación pública mientras las demandas nos sean acogidas. Pues bien, como declaró uno de sus miembros, Gabriel Boric:

El Gobierno dijo que éramos una minoría: hoy vimos una clara señal de masividad y convocatoria. El Gobierno dijo que estábamos divididos: hoy dimos una clara señal de unidad. El Gobierno dijo que no tenemos propuestas y que somos intransigentes: hemos demostrado que sí tenemos propuestas y estamos dispuestos a discutir las. (El País, 29 de agosto de 2012)

El movimiento estudiantil realizó la primera movilización nacional el 13 de abril de 2013: la protesta tuvo lugar en medio de la campaña presidencial con miras a las elecciones de noviembre y, días después, ante la presión de los estudiantes se dio la destitución de Harald Beyer, el Ministro de Educación. Este hecho revela que, dos años después, el movimiento mantuvo su influencia: aunque la intensidad no fue la misma del inicio, sí es notoria su huella, dado que las demandas aún no han sido cubiertas.

Después de las protestas de los escolares y universitarios, la justicia abrió una investigación ante las irregularidades cometidas en el Consejo Nacional de Acreditación –CNA–, el organismo encargado de autorizar el funcionamiento de las universidades privadas. Además, en diciembre de 2012, el Ministerio de Educación decretó el cierre de la Universidad del Mar, una institución privada que vulneraba la legislación y se lucraba con sus estudiantes (El País, 13 de abril de 2013).

Por su parte, en la Ley Corta de Gratuidad en la educación superior, aprobada en 2015 por el Congreso Chileno, se “incluyó en el presupuesto nacional de educación una partida para financiar la gratuidad de 330 mil estudiantes sólo durante 2016” (Telesur, 23 de diciembre de 2015). Sin embargo, la presidenta Michelle Bachelet ha manifestado que la

gratuidad universitaria definitiva y garantizada legalmente por el Estado será un proceso gradual.

Con los últimos acontecimientos, no deja de impresionar cómo los estudiantes secundarios y universitarios se han posicionado bajo un movimiento con un carácter amplio y reflexivo, generando el respaldo de la ciudadanía. En la última encuesta del Centro de Estudios Públicos de Chile – CEP – en 2012, los estudiantes tenían más credibilidad que el Gobierno, el Congreso y los partidos políticos (BBC Mundo, 28 de agosto de 2012).

Conclusión: ¿cuál es el futuro del movimiento?

Aunque una generación de activistas puede ser suprimida (...) dado que el futuro trae consigo cambios políticos y sociológicos y a nuevas generaciones de estudiantes, la resistencia inevitablemente volverá a levantarse (Boren, 2001, p.249)

La educación se ha transformado en el factor clave y estratégico de desarrollo de las personas y de la sociedad, en un mundo crecientemente globalizado, interrelacionado e interdependiente. En el caso de América Latina, las organizaciones estudiantiles son una de las características más notables de la región. Según, Fischer, por ejemplo, América Latina posee, probablemente, el “cuerpo de estudiantes universitarios más activo y poderoso políticamente en el mundo” (Fischer, 1967, p.859).

Sin lugar a dudas, el año 2011 cambió a Chile. El elemento diferenciador entre este movimiento estudiantil y los anteriores es que se trata de una generación que nació en democracia y que no tiene los traumas y temores del régimen militar, por lo tanto, marcó un punto de inflexión, si bien no en sus reivindicaciones, sí en una irreversible

toma de conciencia y de empoderamiento ciudadano. En este contexto, estos acontecimientos quedarán marcados en la memoria colectiva de la ciudadanía, en especial de las generaciones más jóvenes. Adicionalmente, se dio origen a formas de organización estudiantil emergentes y horizontales (UNICEF, 2014, p.75).

La perseverancia mostrada por los estudiantes demuestra que es posible alcanzar las metas propuestas, aunque sea a largo plazo y de manera gradual. Igualmente, se resalta la pertinencia de una estructura definida y con un sistema de representación equilibrado y participativo, la coherencia de las posturas y la capacidad de captar la adhesión de diversos sectores sociales.

Asimismo, como señalaban los propios estudiantes, la solución a sus demandas no se puede limitar al ámbito educativo. Cualquier tipo de solución debe empezar necesariamente por establecer un cuestionamiento global de la estructura económica, cultural, social y política existente en Chile. Sin duda, el principal aporte del movimiento estudiantil a la sociedad chilena, es que ha cambiado el subjetivo colectivo frente a la realidad social, lo que impulsará a propuestas contundentes en materia de educación.

Además, partiendo del supuesto de que la movilización social puede contribuir a definir las posiciones o programas de los partidos, es decir, los movimientos sociales pueden tener una influencia en los resultados de una elección (Goldstone, 2003), el fortalecimiento de la sociedad civil es indispensable en la construcción democrática de la sociedad y la participación ciudadana es esencial para desarrollar el país (Rojas, 2005, p.155).

La semilla lanzada por este movimiento puede significar el inicio de una alternativa al modelo hegemónico existente, que envuelva finalmente al conjunto de la sociedad chilena en la construcción de un nuevo proyecto nacional, como afirmó una de las líderes del movimiento,

Camila Vallejo: “Nuestra propuesta apunta a la construcción de un país, con un norte distinto, con un sur diferente. Un país libre, un país justo, más democrático, más igualitario” (Rubilar, 2011, p.583). Es así como este movimiento estudiantil de 2011 no solo abrió un nuevo capítulo para Chile, sino que también dejó un antecedente para el resto de América Latina.

Bibliografía

- Aranda, J. (2000). El Movimiento Estudiantil y la Teoría de los Movimientos Sociales. *Convergencia*, 7 (21), 225-250.
- Arrué, M. (2012). El movimiento estudiantil en Chile (2011-2012): Una lucha contra la discriminación. *Amérique Latine Histoire et Mémoire* (24), 1-39.
- Barozet, E. (2011). Mobilisations étudiantes et malaise social: el invierno chileno de 2011. *Problèmes d'Amérique latine* (82), 129-131.
- Barrionuevo, A. (4 de agosto de 2011). With Kiss-Ins and Dances, Young Chileans Push for Reform. *The New York Times*. Recuperado de http://www.nytimes.com/2011/08/05/world/americas/05chile.html?_r=0
- Boren, M. (2001). *Student resistance: a history of the unruly subject*, New York: Routledge.
- Bustamante, R. (23 de junio de 2011). Protesta estudiantil en Chile: “la mayor desde el regreso a la democracia”. BBC. Recuperado de http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/06/110623_chile_estudiantes_revolucion_cch.shtml.
- Castro, M., Dauros, M., y Venegas, M. (productores) y Del Campo, C. (director). (2011). *La Primavera de Chile*. [Cinta cinematográfica]. Chile: El Faro Producciones.
- Cuadra, A. (2012). *Manifestaciones estudiantiles en Chile. Cultura de la protesta: Protesta de la cultura*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/docs/155286.pdf>
- Durán Migliardi, C. (2012). El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno. *OSAL*, 13(31), 39-60.

Esping-Andersen, G. (1988). *Politics against market, the social democratic road to power*. New Jersey: Princeton University Press.

Fischer, J. (1967). "The University Student in South and South East Asia" en Solari, Aldo, *Los movimientos estudiantiles en América Latina, Revista Mexicana de Sociología*, volumen 29, número 4, México, octubre-diciembre, pp. 853-869.

Fleet, N. (2011). Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica. *Polis*, 10(30), 99-116.

Gobierno de Chile (1989). Ley Orgánica Constitucional de la Enseñanza – LOCE. Recuperado de <http://www.opech.cl/legislativo/institucionalidad/102%20LOCE.pdf>

Goldstone, J. (2003). Bridging institutionalized and no institutionalized politics. En J. Goldstone (Ed.), *States, parties and Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.

González, J. (2009). El sistema educativo chileno como un sistema de gubernamentalidad neocolonial. En V. Abarca, J. Assaél, D. Brzovic, J.P. Caldichoury, R. Cornejo, J. González, J. Redondo, R. Sánchez y M. Sobarzo. *De actores Secundarios a Estudiantes Protagonistas*, Santiago de Chile: Colección Opech Facultad de Ciencias Sociales- Universidad de Chile.

Grez, S. (18 de enero de 2012). Le Chili 2012: Le Mouvement étudiant à la croisée des chemins. *Le Monde Diplomatique*.

Habermas, J. (1980). *Toward a rational society*. Londres: Heinemann Educational Books.

Marsiske, R. (Coord.). (2006). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México; Plaza y Valdés Editores.

Mayol Miranda, A. y Azócar Rosenkranz, C. (2011). Politización del malestar, movilización social y transformación ideológica: el caso "Chile 2011". *Polis*, 10(30), 163-184.

Mesa Social para un Nuevo Chile. Sitio oficial. <http://www.mesasocial.cl/>

- Montes, R. (29 de agosto de 2012). El Movimiento estudiantil en Chile recupera su fuerza. *El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2012/08/29/actualidad/1346193931_225376.html
- Montes, R. (12 de abril de 2013) El Movimiento Estudiantil marca la campaña presidencial en Chile. *El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2013/04/13/actualidad/1365815591_316625.html.
- Muro, V. (1994). *Iglesia y movimientos sociales en México 1982-1987. Los casos de Ciudad Juárez y el Istmo de Tehuantepec*. México: Red Nacional de Investigación Urbana.
- Núñez, D. (2012). Proyecciones políticas del movimiento social por la educación en Chile. *OSAL*, 13(31), 61-70.
- OCDE. (2004). *Revisión de Políticas Nacionales de Educación: Chile*, París: OECD Publishing.
- Ouviña, H. (2012). Somos la generación que perdió el miedo. *OSAL*,13(31), 13-20.
- Rojas, J. (2005). Soñar la universidad chilena del siglo XXI. Reflexiones a partir del movimiento estudiantil. *Sociedad Hoy*, (8-9), 153-167.
- Rubilar, L. (2011). Para comprender el movimiento estudiantil en Chile (2011). *EDUCERE*, 15(52), 581-588.
- Schmal, R. y Royo, P. (2012). *Las movilizaciones estudiantiles en Chile durante el 2011 y los escenarios que se abren para el presente año*. Documento para Asamblea FAUECH-Arica, marzo.
- Smink, V. (27 de agosto de 2012). Por qué tiene tanta fuerza el movimiento estudiantil chileno. *BBC Mundo*. Recuperado de http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/08/120827_chile_estudiantes_poder_vs.shtml.
- Telesur (23 de diciembre de 2015). Chile tendrá nuevo sistema de gratuidad de educación durante 2016. Recuperado de <http://www.telesurtv.net/news/Chile-tendra-nuevo-sistema-de-gratuidad-de-educacion-durante-2016-20151223-0030.html>.
- Tilly, C. (1999). From interactions to Outcomes in Social Movements. En M. Giugni, D. McAdam y C. Tilly (Eds.), *How Social Movements Matter* (pp.

253-270). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Urra Rossi, J. (2012). La movilización estudiantil chilena en 2011: una cronología. *OSAL*, 13(31), 23-37.

Unicef. (2014). *La Voz del Movimiento Estudiantil 2011. Educación Pública, Gratuita y de Calidad*. Santiago de Chile: Unicef.

Vera, H. (2012). Epistemologías comunicacionales para comprender el movimiento estudiantil 2011 en Chile. *Tercer Milenio*, 18(24), 13-28.

Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México D.F.: Siglo XXI.